

Cass R. SUNSTEIN
República.com: Internet, democracia y libertad
Barcelona, Paidós, 2003

Sólo vemos lo que queremos ver, oímos lo que queremos oír y leemos lo que queremos leer. Pero la tecnología (el ciberespacio) también ha incrementado enormemente la capacidad de «filtrar» todo lo que queremos ver, oír y leer. En un futuro no demasiado lejano, nuestro poder de selección promete aumentar de manera exponencial. Aunque este poder va a ser mayor en realidades, como la americana, donde las tecnologías de la información y de la comunicación están más desarrolladas, no habrá que esperar demasiado tiempo para que esto también se produzca en otras realidades, por ejemplo, la europea. Los periódicos y revistas de interés general pertenecen por completo al pasado, lo mismo que ha ocurrido con las cadenas de radio y televisión. Ahora mismo ya tenemos la posibilidad de ver los acontecimientos deportivos que queremos, de leer únicamente los temas que nos interesan y de encontrar las ideas con las que estamos de acuerdo en las páginas de opinión. La idea de escoger el «canal Y» o, en su lugar, el «canal Z», es de lo más pintoresca. Después de prescindir de las grandes cadenas, podemos elegir nuestra propia programación de vídeo con películas, concursos, deportes, teletienda y noticias de nuestra elección. No tenemos que vérnoslas con temas y opiniones que no hayamos buscado. Quizá las «noticias» no despierten nuestro interés, porque tal vez se nos antojen terriblemente aburridas. Si es así, no es necesario que las veamos.

Si queremos, somos capaces de ver exactamente lo que queremos ver sin ninguna dificultad. El menú lo hacemos nosotros; ni más ni menos. Como decía el tan conocido lema *televisión a la carta*. Si nos interesa la política, quizá queramos limitarnos a determinados puntos de vista escuchando o leyendo únicamente a las personas que nos gustan. A la hora de diseñar nuestro periódico preferido, podemos elegir entre los liberales, los anárquicos o los moderados, entre otros. Quizá, si tenemos columnistas favoritos, sólo queramos informarnos a través de ellos. Incluso, si para nosotros, pongamos el caso, el problema más importante es el control armamentístico, el calentamiento del planeta o la agricultura ecológica, podemos pasar la mayor parte de nuestro tiempo leyendo o visitando páginas web sobre el problema y, si lo deseamos, tenemos la posibilidad de hacerlo desde el punto de vista más afín a nuestra ideología: los liberales verán y leerán mayoritaria o únicamente a los liberales, los moderados a los moderados, los conservadores a los conservados, y los neonazis a los neonazis. El mundo que advierte Cass R. Sunstein, una de las más grandes eminencias del mundo de la jurisprudencia, así como uno de los más importantes eruditos en Derecho Constitucional, en su libro *República.com* es el mundo en el cual podemos vivir pronto. Un mundo donde cada uno de nosotros consigue elegir exactamente

qué leeremos, veremos y oiremos. Podemos conseguirlo, por ejemplo, vía Internet, sin demasiado problema y con bastante rapidez, seleccionándolo y haciendo, simplemente, *clic* con el *ratón*. Cuando el poder de filtración es ilimitado, las personas podemos decidir de antemano y con total precisión qué deseamos y no deseamos encontrar (visitar). Podemos diseñar algo parecido a un universo de comunicaciones de nuestra propia elección.

Muchos de nosotros aplaudimos estos adelantos que, obvio es decirlo, incrementan la comodidad y el entretenimiento individual. Pero en medio de estos aplausos, del clamor popular por este considerable aumento de la información personalizada, Sunstein plantea, en *República.com*, cuestiones tan candentes como las que siguen: ¿Cómo afectará a la democracia el creciente control privado? ¿De qué modo afectarán Internet, las nuevas formas de televisión y el *boom* de las opciones de comunicación a la capacidad de los ciudadanos para autogobernarse? ¿Cuáles son las precondiciones sociales de la libertad individual o para que haya un sistema de deliberación democrática que funcione bien? Éstas son sólo algunas de las preguntas a la que Sunstein, con sus grandes dotes para la paradoja y su habitual brillantez analítica, intenta dar respuesta, arrojar algo de luz sobre estas cuestiones, y todo ello en el contexto de nuestro pluralismo metodológico.

En *República.com* se exponen los inconvenientes del uso egocéntrico de Internet, al mismo tiempo que se nos indica cómo acercarnos a este mundo

como ciudadanos y ciudadanas responsables, y no sólo como individuos obsesionados por el consumo. En este sentido, al analizar el surgimiento de las prácticas sociales, entre las que se incluyen los modelos de consumo, plantea si están fomentándose o bien comprometiéndose nuestras más altas aspiraciones. Y para ello formula planteamientos, una vez más, desde una nueva dirección: *la idea de que la soberanía del consumidor es el objetivo apropiado para la política de las comunicaciones*. Para que una democracia funcione bien, mantiene el autor, tiene que depender de una serie de experiencias compartidas, los individuos tienen que tener un marco de referencia común, por lo menos durante parte del tiempo, y los ciudadanos y ciudadanas han de ser puestos en contacto con diversos temas y puntos de vista que no han elegido específicamente de antemano (no previstos ni escogidos). Desde el punto de vista democrático, es muy deseable que una democracia cuente con una especie de «arquitectura social» que ofrezca experiencias compartidas y nos exponga a informaciones imprevistas. Que esto sea algo muy deseable se debe, en parte, al fenómeno de la polarización de grupos, que lleva a las personas de ideas afines a posiciones más extremas, algunas de las cuales muy peligrosas. Los periódicos y presentadores de radio ayudan a crear una cultura compartida, aunque, dado que su papel se va reduciendo a medida que aumenta la personalización del universo de las comunicaciones, la sociedad corre el peligro de fragmentarse y las comunidades compartidas

de disolverse. En la medida en que numerosos individuos están «personalizando» o personalizarán su experiencia a través de paquetes de comunicación específicamente diseñados, bien puede plantearse un problema desde el punto de vista democrático. Pero Sunstein, igual que afirma este tipo de conclusiones (para saber si es un problema serio), reafirma la necesidad de mucha más información, de reunir muchos más datos (por ejemplo, datos sobre el uso que los individuos hacen de Internet para saber hasta qué punto navegan por la Red, durante la mayor parte del tiempo, entrando en contacto únicamente con temas que les resultan familiares y puntos de vista con los que coinciden) para que puedan ser fundamentadas, o para responder a preguntas tan intuitivamente planteadas como: ¿acaso las personas de ideas afines se están comunicando sólo o mayoritariamente entre ellas? Desde el punto de vista democrático, debería preocuparnos que una cantidad incluso relativamente pequeña de individuos (¿un 20%?, ¿un 10%?, ¿un 5%?) utilice Internet para circunscribirse a unas creencias y a unos puntos de vista con los que coincide de antemano. En su lugar, quizá sólo resuene el eco de nuestra propia voz, de nuestra propia opinión.

El libro termina sugiriendo una gama de reformas potenciales para corregir ideas falsas actuales y para mejorar la democracia deliberativa y la salud de la república americana.

En suma, este libro presenta perspectivas perspicaces y de gran alcance sobre Internet y su impacto en la libertad de expresión, en el mercado de las ideas y en nuestra propia democracia. Nos ofrece una valiosa lección que todos y todas deberíamos tener en cuenta: *Internet es un medio efectivo para preservar y promover estos principios, pero también nos ofrece la posibilidad de minarlos y debemos impedir que eso suceda*. Un autor que finaliza un libro con afirmaciones e ideas del tipo “Pero, para que las democracias funcionen bien, tendrán que crear espacios e instituciones que aumenten las probabilidades de que los ciudadanos se vean y escuchen unos a otros realmente, y tendrán que alcanzar un punto de mutua comprensión. Si queremos conservarla, una república del siglo XXI no debería perder de vista en modo alguno esta cuestión”, es difícil cuestionar el debate apasionante y provocador que podemos encontrar en *República.com*, y cuyo peligro sólo pueden ignorar los obsesos y las obsesas.

LUIS NAVARRO ARDOY
IESA (CSIC). Córdoba